

to, se comunicaron las correspondientes órdenes inmediatamente á toda la marina real para que persiguiese al pabellón prusiano doquiera que se dejase ver. Grande era la perturbación que esa medida había de causar en la Alemania, como que ese era de ordinario el pabellón que enarbolaban los buques del Báltico, como más favorecido por los demás entre los dominadores de los mares.

El ascendiente de la batalla de Marengo trajo á la Inglaterra á tratos con Napoleón, y el de la batalla de Austerlitz produjo igual resultado, porque las victorias de nuestros ejércitos eran un estímulo tan poderoso para desarmarla como venciendo á ella misma, aunque no tan directo. La primera de esas victorias produjo el que Mr. Pitt se retirara de los negocios (1) y la segunda dió por resultado su muerte (2). Ese gran ministro, que volvió al gabinete en agosto de 1803, dos años solamente pudo dirigirle, y eso teniendo que pasar por mil tribulaciones y amarguras. Se había encargado del ministerio sin MM. Windham y Grenville, sus antiguos colegas, sin Fox, su nuevo partidario, y tuvo que combatir en el parlamento á sus antiguos como á sus nuevos amigos y en la Europa á Napoleón, emperador ya y más poderoso que nunca. A su voz, de tanto influjo entre los enemigos de la Francia, todo el mundo volvió á empuñar las armas; de repente se formó la tercera liga, y el ejército francés tuvo que correr desde Douvres á Viena. Mas rota y deshecha esa tercera liga en Austerlitz, Mr. Pitt reconoció que sus miras habían salido fallidas, que Napoleón era muy dueño de volver al campo de Boloña y que renacerían de nuevo las vivas ansias de la nación inglesa.

En efecto, en el ánimo de todos los ingleses se puso incontinenti la idea de que Napoleón volvería á parecer sobre las costas de la Mancha. Verdad es que no se desconocían las dificultades de la travesía; pero todavía había sus temores de que para el hombre extraordinario que tan agitado traía al orbe nada habría imposible, y la cuestión natural era si valía la pena para exponerse á tales riesgos la adquisición de tal ó cual isla nueva, cuando se estaba ya en posesión de toda la India, cuando se tenía el cabo de Buena Esperanza y Malta, de cuyas posesiones no era posible ser despojados. También estaba arraigada la idea de que la batalla de Trafalgar había afianzado definitivamente el dominio de los mares á la Inglaterra; pero que Napoleón quedaba señor del continente europeo, que iba á cerrar todos sus puertos, y que, bien considerado, el continente era el mundo, del cual fuera imposible quedar privado para siempre; que las victorias navales por muy brillantes que fuesen no serían un estorbo para que Napoleón, aprovechándose un día de cualquier acontecimiento marítimo, dejase de saltar en el suelo británico. De

(1) Sí, pero porque con la famosa paz de Amiéns, y la necesidad que de ella tenía la Inglaterra, Pitt no obstante ser el autor del tratado, no quiso que en él pareciera su firma, y se retiró para volver limpio al poder en 1803. (N. del T.)

(2) Esa afirmativa ya tiene mucho de aventurada. No basta que los franceses supongan por causa de la muerte de Pitt la batalla de Austerlitz; Pitt estaba ya desahuciado de los médicos aun antes de la batalla de Trafalgar. La gota le tenía muerto en vida; seguía postrado en el lecho del dolor, y no habría curado de su dolencia ni alargado un solo día de su vida aun cuando Napoleón saliera derrotado en Austerlitz. (N. del T.)

suerte que entre los ingleses juiciosos ningún partido tenía el sistema de guerra implacable, y aunque al cabo haya producido ese sistema el éxito apetecido, entonces se le tenía por muy perjudicial, por demasiado aun considerando las ventajas que pudieran salir de una lid de muchos años.

Así es que siendo los hombres esclavos de la fortuna, y creyendo sin esfuerzo que sus momentáneos caprichos han de ser eternos, se mostraron soberanamente crueles para con Mr. Pitt y dieron al olvido no tan sólo los eminentes servicios que ese ministro había prestado á su patria durante veinte años, sino también el grado de engrandecimiento á que la llevó por la energía de su patriotismo y por sus talentos parlamentarios, de tanto imperio en la cámara de los Comunes. Mirábanle como vencido y le trataban en calidad de tal, yendo sus enemigos hasta ridiculizar su política y los resultados que acababan de dar. Los desaciertos del general Mack á Pitt se le cargaban, y por su culpa se habían precipitado los austríacos á la guerra sin esperar á los rusos, como éstos se precipitaron á ofrecer la batalla sin dar tiempo á que concurrieran los prusianos. Todo eso no había sido sino efecto del desenfrenado furor de Pitt, que así lo sostenían sus adversarios afectando un muy subido interés por el Austria, cuya ruina atribuían á Pitt, y el haber perdido en ella el único, el verdadero pueblo amigo de la Inglaterra.

Sin embargo, en el plan de campaña ninguna parte había tomado Pitt; entendió en la coalición, eso sí, pero nada más. Fué el principal autor de la liga, y con formarla impidió la expedición de Boloña; ahí se ve cómo se le pagaba el servicio.

Una circunstancia harlo singular vino á hacer más dolorosa la última victoria de Napoleón. En la mañana siguiente á la batalla de Austerlitz, como en la mañana siguiente á la batalla de Marengo, se corrió la noticia, pocas horas antes que la verdad la desmintiese, de que Napoleón había perdido veintisiete mil hombres y toda su artillería en una batalla terrible; mas como en breve se diera á conocer con exactitud el resultado positivo, los miembros de la oposición se apresuraron en ambas ocasiones á hacer traducir é imprimir los boletines franceses, y los enviaban para que se pregonaran y distribuyeran á la misma puerta del ministro Pitt y del embajador de Rusia.

¡Cuánto hubiera podido gozar de su gloria Napoleón con sólo pasar el Estrecho y ponerse á escuchar lo que los ingleses decían de él, de su talento y de su venturosa estrella!. ¡Cuán tristes son las vicisitudes humanas!. Los denuestos que Mr. Pitt tenía que aguantar en aquella época, Napoleón había de experimentarlos más tarde, y con un acrecentamiento de injusticia y de encono cual correspondía á la inmensidad de su genio y de su hado.

Veinticinco años de combates parlamentarios, combates atroces en los cuales quedan sin vida, así el alma como el cuerpo, acabaron con la salud de Mr. Pitt. Una dolencia hereditaria (3) que el trabajo, los esfuerzos y más que todo los disgustos, habían hecho mortal, arrebató por fin la existencia de ese ministro, que falleció el 23 de enero de 1806. Murió á la edad de 47 años,

(3) Ya la hemos señalado, la gota.

(N. del T.)

habiendo pasado veinticinco en el gobierno de su país, con tal poder como el que se puede ejercer en una monarquía absoluta, no obstante que vivía en un país libre, que no gozaba el favor de su rey y que tuvo que conquistar los sufragios de la asamblea más independiente de todo el orbe.

Si nos causan admiración esos ministros que en las monarquías absolutas saben encadenar por muchos años la debilidad del príncipe y la inestabilidad de la corte, reinando en nombre de su amo sobre un pueblo esclavo, ¿cuánto más no es de admirar aquel hombre que establece su prepotencia en una nación libre y que la mantiene durante veinte y más años? Sí que son las cortes sobrado caprichosas, pero no lo son menos los grandes cuerpos deliberantes. Todos los caprichos de la opinión excitados por los mil estimulantes con que los saluda la prensa periódica y revueltos en un parlamento donde revisten la autoridad de la soberanía nacional, todos componen esa voluntad volitaria, ora servil, ora despótica, voluntad que importa cautivar para imperar uno mismo sobre esa muchedumbre de hombres que pretenden el imperio. Para llegar á dominarlos es preciso poseer, á más del arte de la lisonja, que tan perfectamente cuadra en las cortes, el arte tan diferente de la palabra, ya vulgar, ya sublime, porque todo eso se necesita para hacerse oír en una asamblea numerosa; y todavía es menester no un arte, sino un don de la naturaleza, el necesario carácter para hacer frente, para imponer silencio á las pasiones irritadas. Pues todas esas eran las cualidades que adornaban á Mr. Pitt, unas naturales, otras adquiridas con la práctica. Nunca se vió en los tiempos modernos un hombre tan hábil como él para dirigir una asamblea. Expuesto durante la cuarta parte de un siglo á la vehemencia encantadora de un Fox, á los sarcasmos punzantes de un Sheridan, mantúvose firme, siempre imperturbable y hablando constantemente con acierto, á propósito y sobriedad. Y cuando al grito atronador de sus adversarios se unía el de los acontecimientos, mucho más potente y ruidoso; cuando la revolución francesa, desconcertando continuamente las previsiones de todos los hombres de Estado, y las de los capitanes más experimentados de la Europa, derribaba en su carrera ora en Fleurus, ora Zurich, ora Marengo, Pitt solo supo enfrenar con sus respuestas llenas de dignidad y con la entereza de su carácter la agitación de los espíritus en el parlamento británico. En este, en este punto estuvo el gran mérito de Pitt, pues por lo demás ya hemos dicho más atrás que ni había en él un genio organizador, ni tampoco los profundos conocimientos de un estadista. Si exceptuamos tal cual institución fiscal de un mérito problemático, nada, absolutamente nada supo crear en Inglaterra, y se engañó con mucha frecuencia considerando las fuerzas relativas de la Europa, no menos que el curso de los sucesos; pero en cambio, al talento de un eminente orador político, reunió también un acendrado amor á su país y un odio implacable contra la revolución francesa. Un genio no fuera poderoso si careciera de pasiones. Siendo en Inglaterra el representante, no de la aristocracia de ejecutoria, sino de la mercantil, que le prodigaba sus tesoros por vía de préstamos, logró resistir al poder de la Francia y al contagio de los desórdenes de los demagogos con una perseverancia in-

alterable, manteniendo el orden en su país sin menoscabo de la libertad. Sí que le dejó con una deuda horrorosa, pero en el tranquilo goce de los mares y de las Indias. Usó y abusó de las fuerzas de la Inglaterra; pero era ella la segunda nación del orbe cuando él murió y la primera ocho años antes de su muerte. ¿De qué utilidad pudieran ser las fuerzas de las naciones á no emplearlas en el dominio de las unas sobre las otras? Las vastas dominaciones escritas están en los designios de la Providencia. La superioridad de un genio privilegiado es para una nación lo que una nación poderosa es para la humanidad. Las grandes naciones civilizan, ilustran al mundo y le hacen que marche más aceleradamente al desarrollo de sus facultades. No hay sino que es preciso aconsejarlas que con la fuerza lleven la prudencia, medio seguro para el triunfo de la primera, y además la justicia, que es con lo que se la honra.

Mr. Pitt, tan dichoso durante diez y ocho años, así fué de desventurado en los últimos días de su vida. Nosotros, en nuestra calidad de franceses, vengados salimos de ese cruel enemigo, que debió bajar al sepulcro creyendonos victoriosos para siempre, dudando ya quizá de la excelencia de su política y asaltado de recelos por el porvenir de su patria. El gozarse en medio de nuestros últimos desastres quedó reservado para uno de sus más medianos sucesores, para lord Castlereagh.

Y ya que Mr. Pitt tuvo que devorar interiormente la amargura de tantas, tan diversas y tan violentas acusaciones, todavía se fué al otro mundo con la dicha de no haber sido atacado en su integridad (1). Vivió con sus emolumentos, que eran considerables, y pasó por pobre sin serlo (2). Cuando en la cámara se anunció su muerte, uno de los miembros de la antigua mayoría ministerial propuso que se pagasen sus deudas, cuya proposición acogió el parlamento con profundo respeto, pero que fué combatida por sus antiguos partidarios, entonces ya enemigos, y particularmente por Mr. Windham, que había sido durante mucho tiempo su colega en el ministerio. También su noble antagonista, Mr. Fox, la rechazó, pero no con poco sentimiento. «Nadie honra más que yo, exclamó en un tono que penetró hasta en lo más íntimo de los corazones, nadie, la memoria de mi ilustre adversario, y tengo por una de las mayores glorias de mi vida el que tal cual vez se me haya llamado su rival; pero he combatido su política veinte años; ¿qué diría de mí la generación presente si me viese acoger una proposición con la que se pretende tributar el último, el más público homenaje á esa política que yo he creído siempre y aún estoy creyendo funesta para la Inglaterra?» Todo el mundo comprendió el voto de Fox, y todo el mundo aplaudió la nobleza de sus expresiones.

Como con distinto carácter se presentara de nuevo esa proposición, pocos días después, el parlamento votó unánimemente cincuenta mil libras esterlinas (3) (un

(1) Honra y gloria que el autor no hubiese debido tomar en cuenta, porque demasiado sabe que en estos nuestros tiempos no se han visto ministros dignos de semejante alabanza. (N. del T.)

(2) Lo sería, ó sino un solemne hipócrita, puesto que apeló á la generosidad de la nación inglesa en su testamento, para el mantenimiento de sus sobrinas, las hijas del sabio Stanhope, privadas por éste de la legítima de su madre. (N. del T.)

(3) Su biografía no pone sino cuarenta mil, ó sea un millón de francos. Mas como quiera que sea, ¿se puede llamar rico al

millón y doscientos cincuenta mil francos) para pagar las deudas de Pitt, y se decidió que sus restos serían enterrados en Westminster.

Con la muerte de Pitt quedaron vacantes los cargos de primer lord de la tesorería, de canciller del fisco, de lord gobernador de los cinco puertos, de gran maestro de la universidad de Cambridge y de otros varios menos importantes.

Y era sumamente difícil encontrar quién pudiera reemplazarle, no en esos diversos empleos que la ambición se disputa con encarnizamiento, sino en el cargo de primer ministro, cargo no poco imponente en presencia de Napoleón, vencedor de la liga europea. Una idea se apoderó de todos los espíritus cuando en 1803 se renovó la guerra, con vista del pobre ministerio Addington, que entonces regía el Estado; fué esa idea el reunir los mayores talentos, más que profesaran doctrinas opuestas, como Pitt y Fox, para hacer frente á las dificultades de la lucha que de nuevo se iba á empeñar con Napoleón. La oposición concertada de Pitt y de Fox, contra el gabinete Addington, hacía esa reunión de talentos más natural y también más practicable. Pitt aceptó la idea, pero no pudo lograr que Jorge III entrara en ella, y por tanto tuvo que entrar en el ministerio sin Fox, no menos que sin sus amigos más declarados en el antiguo sistema tory, MM. Grenville y Windham, pareciéndole de un carácter demasiado impetuoso.

Una vez que esos dos personajes se vieron desechados por Pitt, poco á poco se fueron inclinando á Fox en cuanto á hacer la oposición al gobierno; porque respecto á doctrinas, más distantes que él mismo estaban de las que aquél profesaba. El sustentar una misma lucha durante dos años contribuyó muy mucho para que aquellos tres hombres de la oposición se unieran, encontrándose á la muerte de Pitt con opiniones casi conformes; de suerte que la opinión general los llamaba á todos tres al ministerio, á fin de suplir con la reunión de sus talentos la falta del gran ministro cuya pérdida se lloraba, y tratar de hacer la paz mediante las amistosas relaciones de Fox con Napoleón ó combatir con cuanta energía se conocía en Grenville y en Windham, si acaso no se lograra un acomodo con la Francia.

Jorge III, que en 1803 había dado á Pitt el ministerio, con no ser hombre de su devoción, á condición de que Fox no había de entrar con él porque le era más odioso, una vez muerto Pitt, tuvo que resignarse ese rey al imperio de la opinión y aceptar reunidos en un mismo gabinete á Fox, á Grenville, á Windham y á sus amigos. Grenville tomó el cargo de primer lord de la tesorería, es decir, de ministro presidente; Windham fué á su antiguo ministerio, el de la Guerra; Fox á Negocios extranjeros; Grey al almirantazgo, y las otras secretarías se atribuyeron entre los amigos de esos personajes políticos, pero de modo que le quedó á Fox la mayoría de votos en el nuevo ministerio.

Ese gabinete se granjeó desde luego una inmensa mayoría no obstante la guerra que comenzaron á hacerle los colegas de Pitt, Castlereagh y Canning. Dos

hombre que muere empeñado en una deuda tan considerable? ¿No es esa prueba de que el *pasó por pobre*, SIN SERLO, del señor Thiers, lleva muy de más la segunda proposición? (N. del T.)

fueron las medidas que tomó desde el instante en que se encargó de los negocios: la organización del ejército y entrar en relaciones con la Francia.

Por lo que toca al ejército imposible era mantenerle en el estado que tenía después de 1803, es decir, compuesto de una fuerza regular insuficiente, y de trescientos mil voluntarios no menos costosos que indisciplinados. Esa era una organización de urgencia é imaginada para un caso de peligro. Windham, que tanto había ridiculizado á los voluntarios, sosteniendo siempre que nada se podía hacer de provecho sino con ejércitos regulares, lo cual le procuró ocasión para hablar del ejército francés en términos altamente lisonjeros; Windham, decimos, debía reformar la actual organización con mayor motivo que ningún otro. Propuso por lo mismo una especie de licenciamiento encubierto de todos los voluntarios, y ciertos cambios en la tropa de línea con los cuales se facilitaba el medio de reclutarla. Ya ha debido notarse que el ejército inglés, como todo ejército mercenario, se recluta á favor de enganches voluntarios; pues eran esos enganches vitalicios, y por tanto con dificultad se lograba reclutar el número de hombres suficiente. Windham propuso, pues, que esos enganches voluntarios fuesen en adelante temporales, desde siete años hasta veinte, y que se aventajara el prest del soldado de un modo considerable. Con esas medidas se procuraba una organización mucho más robusta en el ejército inglés, sólo que ese ministro tuvo que combatir las preocupaciones que los ejércitos permanentes inspiran en todos los pueblos libres, el aura popular que los voluntarios se habían granjeado, y sobre todo la parte de intereses que esa institución había creado, como que había sido menester formar un gran cuerpo de oficiales en las filas de los voluntarios que ahora iban á ser disueltas. Hízose cuanto fué posible por introducir la discordia entre Windham y su colega Fox, que imbuído de las preocupaciones vulgares de su partido se había mostrado en otro tiempo mucho más inclinado á la institución de los voluntarios que no al aumento de las tropas regulares; pero, no obstante tantos obstáculos, triunfó al cabo el proyecto ministerial. Votóse, pues, un crecido aumento en las filas del ejército, que para llenar cumplidamente lo dispuesto en la ley habría de componerse de doscientos sesenta y cuatro mil hombres, entre los cuales setenta y cinco mil serían de milicias provinciales y ciento noventa y dos mil de línea, debiendo ser distribuidos en los tres reinos y en las colonias. El gasto total del presupuesto subió por consiguiente en aquel año á ochenta y tres millones de libras esterlinas, ó sea á más de dos mil millones de francos, habiendo de rendir las contribuciones mil quinientos millones y procurarse los quinientos restantes por medio de un empréstito.

Con esos tan poderosos recursos quería presentarse la Inglaterra para entrar en ajustes con Napoleón. Contábase con que Mr. Fox, por su posición, por las amistosas relaciones que había mantenido con el primer cónsul, ya hecho emperador, allanaría más fácilmente que ningún otro las dificultades que pudieran surgir hasta entablar relaciones pacíficas con la Francia. La Providencia, que debía á ese hombre honrado una coyuntura feliz para el desempeño de aquella idea, salió presentándose muy honrosa y la más natural del mundo.

Un hombre vil, que debió juzgar de la nueva administración inglesa desde el mismo punto de vista que las anteriores habían ofrecido, se fué á ver con Fox brindándose para asesinar á Napoleón. Indignado Fox con semejante propuesta, ordenó á los porteros que prendiesen á aquel malvado y le llevasen á disposición de la policía inglesa; tras lo cual escribió á Talleyrand una carta llena de dignidad, denunciándole la odiosa proposición que acababa de hacérsele y poniendo en sus manos todos los medios que había para perseguir al autor de ella, si acaso su proyecto pareciese ofrecer alguna circunstancia de gravedad.

Napoleón agradeció como debía ese proceder tan hidalgo é hizo que Mr. Talleyrand contestase á Fox de la manera que correspondía.

«He puesto en conocimiento de S. M., escribía Talleyrand, la carta de V. E., y enterado de su contenido exclamó:—Patentes están ahí los sentimientos de honor y de virtud que siempre alimentó Mr. Fox. Dadle las más expresivas gracias en mi nombre, añadió S. M., y decidle que, sea que la política de su soberano nos mantenga todavía por algún tiempo enemigos, sea que la guerra, inútil para la humanidad, tenga un término tan breve cual deben desearlo ambas naciones, no dejo de complacerme al considerar el nuevo carácter que imprime á nuestras desavenencias el paso que él acaba de dar, paso que pregona lo mucho que se puede esperar de un gobierno cuyos principios no pueden dejar de ser tan honrados como el mismo Mr. Fox, uno de los hombres más á propósito para saber apreciar en todas las cosas lo que en ella hay de noble y de magnánimo.»

Nada más decía Mr. de Talleyrand, pero bastaba para dar curso á relación tan honrosamente comenzada. Ni un solo instante perdió Fox sin responder por medio de otra carta franca y cordial, en la cual ofrecía la paz sin rodeos, sin trastienda diplomática, bajo condiciones seguras y nobles, y por medios tan sencillos como ejecutivos. Las bases del tratado de Amiéns estaban ya muy modificadas en sentir de Fox, y lo estaban por consecuencia de las ventajas que la Francia y la Inglaterra habían adquirido sobre los dos elementos que eran el teatro ordinario de sus respectivos triunfos. Convenía, pues, ir en busca de nuevas condiciones, y condiciones que no hiriesen en lo más mínimo el orgullo de las dos naciones y que procurasen á la Europa garantías de un porvenir tranquilo y seguro. Y esas condiciones no había dificultad en dar con ellas, con tal de que entre ambas partes presidiera la razón. En virtud de pactos anteriores la Inglaterra no podía entrar en negociaciones sino es acompañada de la Rusia; pero mientras que con esta potencia se consultara, ningún inconveniente había en confiar á personas intermedias el cargo de deslindar los intereses de las potencias beligerantes y de ir preparando por ese medio el ajuste de la paz. Mr. Fox no se detuvo en designar inmediatamente las personas que se debían encargar de esa misión y el punto en que debían reunirse para desempeñarla.

De mucho contento fué esta propuesta para Napoleón, porque al cabo en su interior nada deseaba tanto como el reconciliarse con la Gran Bretaña, como que ella era el alma de la guerra, como lo es un manantial del agua que vierte, y no había en sus manos gran número de medios directos para rendirla; acaso no más

que uno muy decisivo, pero muy expuesto y que sólo un Napoleón podía practicar, el paso á la Inglaterra. Sirvióle, pues, de indecible júbilo la proposición de Fox y la acogió con él más vivo interés.

Sin darse por entendido respecto á las condiciones, ya se alargó á decir en su respuesta que no habría un grande empeño en disputar á la Inglaterra sus conquistas (sin duda se tiene presente que guardaba Malta y que se había apoderado del Cabo), y que la Francia por su parte tenía ya dicho en el tratado de Presburgo cuanto era de decir; que nada más pretendería; que por tanto las bases sobre que se había de fundar la paz eran sobrado fáciles, á no ser que la Inglaterra saliese con pretensiones particulares é inadmisibles relativamente á sus intereses mercantiles. «El emperador vive persuadido, decía Talleyrand, de que la verdadera causa del rompimiento de la paz de Amiéns no fué otra sino el haberse negado á concluir un tratado de comercio. No perdáis de vista que el emperador, sin negarse á ciertos acomodos de interés mercantil, está resuelto á no pasar por pacto ninguno que cause cualquier menoscabo á la industria francesa, á la cual quiere dispensar toda su protección por medio de tarifas y de prohibiciones capaces de ayudar á su desarrollo. Pide ante todas cosas que cada cual quede con la libertad de hacer en su casa lo que mejor le pareciere, todo aquello que crea útil, sin que pueda estorbárselo nunca ni llevarlo á mal una nación rival.»

En cuanto á que la Rusia había de intervenir en el tratado, Napoleón declaró que de ninguna manera lo consentiría. El principio de su diplomacia era que los ajustes de paz se habían de hacer separados, principio justo y muy hábilmente ideado. La Europa empleó constantemente contra la Francia el medio de las coaliciones, y admitir las negociaciones colectivas habría sido legitimar aquel medio, pues el prestarse á la condición esencial de toda coalición, tanto valía como prohibir á sus miembros todo pacto aislado. Napoleón, que buscaba en la guerra el medio de coger á sus enemigos separados unos de otros para combatirlos aisladamente, también debía tratar de encontrarlos en igual posición para los puntos diplomáticos. He ahí por qué constantemente se había negado á negociar colectivamente, y tenía razón en no apartarse de ese principio, á no ser que Mr. Fox se encontrara entre compromisos que no le permitieran ningún ajuste sin el asentimiento de la Rusia. Una vez que Napoleón hubo sentado el principio de una negociación separada, hizo que se le dijese al ministro inglés que estaba pronto á escoger para punto de reunión de los plenipotenciarios, no Amiéns, recuerdo de bases de paz nulas ya, sino Lila, y que sin pérdida de tiempo enviaría allí á su representante.

Mr. Fox volvió arguyendo al instante con que la primera condición en que se había convenido desde el principio de las relaciones era en que la paz había de ser igualmente honrosa para las dos naciones, y que mal podía serlo para la Inglaterra si llegara á ajustarse sin la Rusia, cuando se tenía con aquella potencia el empeño formal (en el tratado que constituyó la liga de 1805 se expresaba) de no concluir la paz separadamente. Esa obligación era absoluta en sentir de Fox, y de ningún modo podía ser eludida. Decía él que si la Francia tenía un principio, el de no autorizar las coaliciones con su

modo de tratar, el principio de la Inglaterra estribaba en no consentir que se la excluyera del continente, presidiéndose á la disolución de sus alianzas continentales; que sobre este punto tan celosa de sus principios estaba la Inglaterra como de los suyos podía estarlo la Francia. Mr. Fox, que con cada una de sus comunicaciones oficiales mandaba una carta confidencial llena de franqueza y de lealtad, ejemplo que siguió con él Mr. de Talleyrand; Fox, repetimos, terminaba diciendo que acaso se tendrían que detener las relaciones ante un obstáculo absoluto; que lo sentiría en el alma, pero que por lo menos esperaba que la guerra se haría en adelante de una manera leal y digna de los dos grandes pueblos que la sustentaban. Y luego añadía estas palabras tan admirables: «Agradezco en el alma el afectuoso lenguaje de que ha usado respecto á mi persona el hombre eminente á quien servís... El pesar no mejora las cosas; pero si él pudiese ver del mismo modo que yo lo veo la verdadera gloria que con derecho le había de resultar de una paz moderada y justa, ¡cuánta ventura no le vendría á la Francia, cuánta á la Europa entera!...—Londres, 22 de abril de 1806.—C. J. Fox.»

Cuando uno recuerda esa enconada guerra, ó mejor feroz, trazándose las sangrientas escenas que la señalaron, sin esfuerzo llega el alma á saborearse en medio de esas nobles y benévolas comunicaciones que un hombre honrado y no menos generoso que elocuente, logra entablar en un instante entre los dos primeros pueblos del mundo para caer en seguida en mil pesares dolorosos é incurables.

El lenguaje de Fox penetró en el corazón de Napoleón, y éste deseaba sinceramente la paz. Talleyrand, que con frecuencia erraba en el sistema de nuestras alianzas, jamás falló respecto al punto esencial de la política de la época, ni pasó un solo día sin el íntimo convencimiento de que en el estado actual á que había llegado nuestro engrandecimiento, nada nos importaba tanto como la paz. Y manifestaba ese su sentir con un atrevimiento no muy común en él, hostigando incesantemente á Napoleón á fin de que no malograra la única ocasión que le ofrecía la presencia de Fox en el gobierno para negociar con la Gran Bretaña. Por otra parte, no eran necesarios grandes esfuerzos para hacerse escuchar, pues Napoleón estaba no menos dispuesto que su ministro para aprovecharse de una coyuntura tan feliz como inesperada.

Además las mismas circunstancias se prestaban para que quedase vencido el obstáculo que parecía impedir la negociación. Más de un fundamento había para presumir de los avisos del mismo duque de Brunswick y del cónsul de Francia en San Peterburgo, que Alejandro, receloso de las consecuencias de la guerra, del silencio del gabinete británico, y sobre todo de las disposiciones personales de Mr. Fox, inclinado estaría al restablecimiento de la paz. El cónsul de Francia había enviado á París al canciller del consulado para que diera cuenta de lo que había llegado á saber, y todo confirmaba la esperanza de que pronto se podría abrir una negociación directa, puesto que la Rusia había dado por sí misma el ejemplo de renunciar á ella.

Se resolvió por lo mismo que continuasen las relaciones con Mr. Fox, y para ello la casualidad vino ofreciendo la mediación de un tercero, que fué un hallazgo

precioso. Tras la generosa correspondencia seguida con Mr. Fox vinieron procederes no menos hidalgos. Una multitud de miembros de las primeras familias de Inglaterra estaban detenidos en Verdún por orden de Napoleón, dada desde el rompimiento de la paz de Amiéns, por vía de represalia contra los buques franceses que entonces capturaron los ingleses. Fox vino pidiendo la libertad para alguno de aquellos individuos, sin más garantía que su palabra de honor, y en su demanda se interesaba por cada uno de los prisioneros con mayor ó menor ahinco, según el grado de predilección que le inspiraban. Napoleón no se detuvo en el examen, antes se apresuró á otorgarle todo cuanto pedía, poniendo en libertad á los prisioneros sin excepción ninguna. Pagó Fox ese generoso porte devolviendo á Napoleón los prisioneros franceses de mayor nombre que en su poder tenía desde la batalla de Trafalgar, tales como el malhadado Villeneuve, el heroico comandante del *Tremendo* (el capitán Lucas) y otros muchos en número igual de los ingleses puestos en libertad.

Entre los prisioneros devueltos al ministro inglés se contaba uno de los más ricos, de los hábiles señores de la Inglaterra, lord Yarmouth, más tarde marqués de Hartford, tory declarado, pero tory amigo de Mr. Fox y acérrimo partidario de la paz, porque con ella podía gozar de la vida y de los placeres del continente, mientras que la guerra le privaba de esos goces. Ese joven lord que frecuentaba la sociedad más brillante de París, compartiendo los desarreglos de la juventud atonada, era muy conocido de Talleyrand, hombre muy amante de la nobleza inglesa, sobre todo si encontraba en ella chispa, elegancia y desorden. Se le había dicho á Talleyrand que lord Yarmouth era amigo íntimo de Fox, y digno además de la confianza de los dos gobiernos; por consiguiente mandó llamarle y le declaró que el emperador deseaba la paz, que era menester echar á un lado el aparato de las formas diplomáticas, entrando francamente en condiciones aceptables por ambas partes; que esas condiciones no podían ofrecer dificultades, puesto que no se pensaba en disputar á la Inglaterra lo que ella había conquistado (Malta y el Cabo); que la cuestión se ceñía por lo mismo á tal ó cual isla de muy poca importancia; que la Francia por su parte claramente exponía sus pretensiones, consistentes en que se la reconociesen sus límites naturales en el Rin y los Alpes, sin venir á disputarla la posesión de toda la Italia incluso el reino de Nápoles, y sus alianzas alemanas, con la expresa condición de devolver su independencia á la Suiza y á la Holanda desde que quedara firmada la paz; que por tanto ningún obstáculo fundado podía salir oponiéndose á la inmediata reconciliación de los dos pueblos, pues que uno y otro debían estar dispuestos á ceder lo que acababa de indicar; que por lo tocante á la dificultad de la forma en la negociación sobre si había de ser colectiva ó separada, en breve se podía esperar la solución, merced á la idea en que parecía entrar la Rusia queriendo tratar directamente con la Francia.

Había un punto capital del que ni una palabra se decía, aunque se cuidó de dar á entender que á su tiempo se entraría en explicaciones y serían tales cuales pudiera desearlas la familia real de Inglaterra. Entendíase con esto el Hannover.

En efecto, Napoleón pensaba en restituir ese país al

rey Jorge III, y esa grave resolución de la Prusia acababa de provocarla la conducta reciente. El lenguaje hipócrita de aquella corte en sus manifiestos por medio de los cuales quiso pasar entre hannoverianos é ingleses por una potencia oprimida y obligada á aceptar un hermoso reino con el puñal al pecho, le había llenado de indignación. Poco faltó para que en el mismo instante no hiciera mil pedazos el tratado de 15 de febrero, obligando á la Prusia á que las cosas volvieran á su estado anterior, y sin las reflexiones que le hizo Talleyrand y las que en un momento de calma le inspirara, indudablemente habría salido con una muy sonada. Otra circunstancia posterior acabó de indisponerle con la Prusia, y fué la publicación de las negociaciones de 1805, facilitada por lord Castlereagh y los demás colegas del ministerio Pitt. Esos hombres tomaron por su cuenta el vengar la memoria de su ilustre jefe, demostrando que él no había entendido ni directa ni indirectamente en el plan de las operaciones militares, mientras que obra casi exclusivamente suya se podía llamar la liga de 1805, liga que había salvado á la Inglaterra, obligando á Napoleón á levantar su campo de Boloña. Pero el caso es que por querer defender la memoria de su jefe, lo que hicieron fué comprometer á la mayor parte de los gabinetes. Eso mismo fué lo que les echó en cara Mr. Fox en mitad del parlamento con una extrema vehemencia, atribuyéndoles la alteración de todas las relaciones de la Inglaterra con las potencias europeas. Efectivamente, por todas partes se alzó un grito de reprobación contra la diplomacia inglesa, sobre todo en las cortes que así se veían denunciadas á la Francia en esa imprudente publicación. La conducta de la Prusia se vió en aquella ocasión de un modo tan claro cuanto sensible. Sus hipócritas y aparentes declaraciones á la Inglaterra respecto del Hannover; las esperanzas que ella había dado á la liga antes y después de los acontecimientos de Potsdam: todo, todo salió á relucir, y Napoleón no hizo sino insertar aquellos documentos en el *Monitor*, dejando á cada cual el cuidado de adivinar cuáles serían sus pensamientos.

Por lo que toca á la Prusia, invariables eran ya. Se convenció enteramente de que no valía la pena esa potencia para sustentar por su causa una guerra encarnizada contra la Inglaterra; y se decidió á restituir á ésta el Hannover, proponiendo á la Prusia la elección entre estas dos cosas, un equivalente del Hannover tomado en el suelo alemán ó la restitución de lo que ella se tenía, esto es, Anspach, Cleves y Neufchatel. He ahí cómo se le pagó al gabinete de Berlín en la misma moneda que él usaba, es decir, con la propia deslealtad que él ponía en sus tratos. Y eso cuando todavía ignoraba Napoleón la negociación secreta que el duque de Brunswick y Mr. de Hardenberg seguían con la Rusia.

Aunque no se entrara en explicaciones terminantes, ya se le dió á entender á lord Yarmouth que no sería el Hannover un obstáculo para la paz, y con ese supuesto marchó aquel personaje á verse con Fox, prometiendo que en breve volvería para dar cuenta de las secretas intenciones de aquel ministro.

Un acontecimiento singular, y que durante algunos días dió margen á que se mirara la guerra como muy inmediata, fué causa al contrario para que las cosas se inclinasen á la paz, acelerando las resoluciones del ga-

binete ruso. Las tropas francesas encargadas de ocupar la Dalmacia habían caminado aceleradamente hacia la embocadura del Cáatar, para guarecerle del peligro que le amenazaba. Los montenegrinos, que con su obispo y sus principales jefes vivían á expensas de las dádivas de la Rusia, se manifestaron sumamente inquietos desde que llegaron á entender que los franceses se iban acercando á aquel punto, y aun fueron á demandar el amparo del almirante Siniavin, el mismo que había transportado desde Corfú á Nápoles y desde Nápoles á Corfú los rusos despachados para invadir el Mediodía de la Italia. Queriendo aprovechar aquel almirante la ocasión que se ofrecía para apoderarse de la embocadura del Cáatar, con toda diligencia embarcó algunos centenares de rusos, yendo á incorporarlos con una cuadrilla de montenegrinos que se había descolgado de los montes, y con toda esa gente se puso al frente de las fortalezas. El comandante austriaco que las mandaba, y el comisionado que el Austria había enviado allí para entregárselas á los franceses, se declararon violentados por una fuerza superior, y por consiguiente se rindieron á los rusos. Eso de que se rendían á una fuerza superior era un aserto infundado, porque había en los fuertes de Cáatar dos batallones austriacos harto capaces para defenderse aun contra fuerzas de tropa regular que consigo llevasen los medios de un asedio, medios de que enteramente carecían los rusos en aquella ocasión. Semejante perfidia fué obra principalmente del comisionado austriaco, marqués de Ghisilieri, italiano muy solapado, reconvenido después por su gobierno y perseguido judicialmente por ese acto desleal.

En cuanto entró en París el extraordinario que condujo el parte de ese acontecimiento, Napoleón se puso furioso, porque anhelaba muy particularmente la posesión de la embocadura del Cáatar, no tanto por las ventajas hartamente positivas de esa posición marítima, cuanto por lo inmediata que estaba á la Turquía, ofreciéndole por lo mismo el medio de hacer sensible en aquel imperio su acción, ó protectora ó represiva. Pero de ese suceso á nadie creyó debía pedir cuenta sino es al gabinete de Viena, como que ese gabinete era el que debía entregarle la posesión de la Dalmacia, y por consiguiente el solo responsable de semejante deuda. Ya entonces estaba en vísperas de evacuar Braunau y ponerse de parte acá del Inn el cuerpo del mariscal Soult; mas Napoleón transmitió inmediatamente las órdenes convenientes, mandándole que se detuviese sobre las márgenes del Inn, y que fortificase de nuevo la plaza de Braunau estableciéndose en ella, y no parándose hasta verla en un estado de verdadera plaza de armas. Dió al propio tiempo aviso al Austria, declarándola que las tropas francesas iban á volver pies atrás, y que los prisioneros austriacos, ya en camino para su país, volverían á ser detenidos; en fin, que siendo necesario, se llevarían las cosas hasta punto de romper de nuevo las hostilidades, á no dársele una de las dos satisfacciones siguientes: ó la inmediata restitución de Cáatar ó el envío de una fuerza militar austriaca para echar de aquel punto á los rusos de concierto con los franceses. Esa segunda condición no era la que más disgustaba á Napoleón, antes buscaba con ella el que el Austria rompiera con la Rusia.

En cuanto esas declaraciones llegaron á Viena con